HISTORIA DE LA LECTURA EN ARGENTINA

LA CREACIÓN DE LAS BIBLIOTECAS POPULARES

Pensar históricamente a las Bibliotecas Populares en Argentina significa considerar la prolífica articulación entre la potencia creativa de la sociedad civil y el poder estructurador del Estado. De esta combinación emerge un fenómeno político, cultural y social expansivo, dado que las provincias establecen reglamentaciones complementarias al sentido de la Ley Nacional.

La historia de las Bibliotecas Populares en Argentina surge de dos referencias: por un lado, la figura política e intelectual de Domingo Faustino Sarmiento en el siglo XIX y, por otro, las asociaciones barriales de la primera mitad del siglo XX.

Así es como nace la primer Biblioteca Popular en la Provincia de San Juan, el 17 de junio de 1866, bajo iniciativa de Sarmiento, con el nombre de Biblioteca Franklín, lo que la convierte en la biblioteca popular más antigua de Sudamérica.

Las medidas que los gobiernos argentinos han ido adoptando en materia de bibliotecas conservan hasta la actualidad la estructura instituyente con las que fueron concebidas. Esto es, una conjunción entre la fuerza estructurante del Estado y las cristalizaciones asociativas de la sociedad civil.

El origen de estas instituciones se remonta a la Ley 419, del 23 de septiembre de 1870, con la cual se creó la Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares. Esta aprobación estuvo antecedida por una fuerte discusión en la Cámara de Senadores que contextualizó las circunstancias políticas de esta concreción bibliotecaria. Lo que estaba en juego no era un criterio de valoración bibliotecario ni una preocupación presupuestaria. Se trataba más bien de la legitimidad de una estrategia de penetración jurisdiccional que el Estado Nacional se proponía llevar adelante.

A partir de la vigencia de la Ley 419 puede considerarse que las bibliotecas pasaron a formar parte del proceso de modernización sociocultural articulado por el poder político desde el Estado y de centralidad de la lectura como propuesta cultural en la segunda mitad del siglo XIX.

La política de bibliotecas que se inauguró en aquel momento encontraba fundamentos conceptuales sólidos en la preponderante figura de Sarmiento. Así, tenía el doble propósito de alentar la circulación de libros y fomentar el hábito de la lectura, sistema que había sido tomado de la legislación norteamericana.

La Ley constituye el sustento funcional de una política de la lectura que promete extender su vigencia a todos los ciudadanos del Estado. Fundar una institución de este tipo se presenta como un acto que corresponde a los intereses culturales de la República, ya que procura hacer de la lectura un rasgo distintivo de las costumbres de la Nación.

Con la ley de bibliotecas populares el Estado fomentaba, entonces, un modelo de organización sustentado en el poder creativo de la sociedad civil. La proliferación cuantitativa de las entidades sociales estuvo acompañada por una multiplicación cualitativa de las actividades y los fines que motivaron las reuniones: sociedades mutuales y culturales, compañías de beneficencia, asociaciones étnicas, grupos religiosos, políticos, profesionales y económicos, clubes sociales, etc.

La práctica asociativa se produjo en diversos sectores sociales y culturales. Reunía gente de distintos segmentos, pero mayormente de niveles medios y con un claro predominio masculino. Estas sociedades sustentaban sus formas de participación y de gobierno con mecanismos eminentemente democráticos. Lo que puede percibirse a partir de este crecimiento es la conformación de una sociedad civil relativamente autónoma. Fundar una biblioteca, en la forma en que lo sugería la Ley, suponía una coordinación comunitaria básica.

BIBLIOGRAFÍA

Planas, Javier, "Las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1875. La construcción de una política bibliotecaria", *Informativo*, Vol. 19, núm. 1, 2014, págs. 66-88.

Las bibliotecas pasaron a formar parte del proceso de modernización sociocultural y de centralidad de la lectura como propuesta cultural en la segunda mitad del siglo XIX.

Foto: Biblioteca Popular Domingo F. Sarmiento, c.1879 © Archivo Conabip

1866

EL DESARROLLO IMPRESOR EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX

Entre 1879 y 1887, el docente y periodista Navarro Viola llevó a cabo una de las tareas más importantes en la historia de la bibliotecología y de la lectura argentinas: se trata del Anuario Bibliográfico de la República Argentina. Con el propósito de clasificar y describir las características de cada volumen, el Anuario se constituyó en una bibliografía sistemática de los impresos nacionales de esa época. Esta obra sólo puede entenderse en el marco del proyecto de modernización que atravesaba el país, donde tuvieron un papel central las campañas de alfabetización. Los impresores, piezas fundamentales en ese proceso, tendrían también una fuerte incidencia en la formación del mercado de lectores.

La importancia del Anuario de Viola reside en que permite analizar, entre otras cuestiones, la relevancia que la educación va adquiriendo en todos los niveles de formación. Esta era precisamente una de las preocupaciones centrales de los hombres de la Generación del 80, ideólogos de este proceso, para quienes la modernización tenía una estrecha vinculación con el avance de la educación. Por otra parte, ya en el plano estrictamente político, veían la necesidad de formar una burocracia administrativa estatal para lo cual debían profesionalizar a sus integrantes, y para ello hacían falta algunas herramientas como las instrucciones, los manuales de procedimiento o los códigos. Todo ello, en definitiva, se encontraba condicionado por la posibilidad de publicar lo escrito y de lograr una difusión ampliada. Es decir que, para llevar a cabo el proceso de modernización en todos los niveles -social, político y económico- era prioritario generar las condiciones para el desarrollo de la impresión y de la difusión de las publicaciones.

En consonancia con esta idea, Domingo F. Sarmiento insistía por esa época en que era necesario producir una oferta suficiente de libros y escritos impresos en lengua castellana. En caso de no lograrlo, sería imposible consolidar el esfuerzo de alfabetización y desarrollo de la educación que se estaba encarando. Aquí radicaba uno de los puntos centrales del proyecto de modernización.

Así fue cómo, en enero de 1884, Sarmiento solicitó la designación oficial para viajar a la República de Chile con la misión de incorporar a este país en la creación de un plan de fomento para la publicación de libros en castellano. El objetivo era ayudar "a los editores libreros al pago de los costos de la edición". Además, se le encomendó "establecer las bases de una legislación destinada a asegurar la traducción al castellano de los libros reconocidos de interés actual y fijar la proporción equitativa con el que cada Estado haya de contribuir al costo de las ediciones".

La iniciativa se perfeccionó aun más a partir de la realización de una Convención sobre fomento y propagación de publicaciones útiles con la participación de Uruguay, Colombia, Chile y Argentina. Ello demuestra el papel impulsor que adquiere en esta época el Estado en el desarrollo de la actividad impresora.

Sin dudas, nada de esto hubiera sido posible sin la profesionalización de la actividad impresora que tendría lugar también por esos años en el país. Así, en 1879 se instaló en el Colegio Pio IX de Artes y Oficios la primera instancia de formación impresora de América: un taller de imprenta que se abriría con 13 alumnos. Unos años más tarde, el 15 de marzo de 1882, se inauguró la primera Exposición Continental de Obras Impresas.

Pero el desarrollo del oficio de impresor tiene una peculiaridad que merece señalarse: el "eslabonamiento", tal como lo hacía la industria por ese entonces. Así, la especialización se constituirá como una de las etapas en el proceso de profesionalización de la actividad del impresor, ya que presupone el desarrollo de destrezas específicas, tanto las eminentemente técnicas como otras, referidas al lenguaje, o de estrategias de ventas, entre otras, condiciones que proporcionarán un aprendizaje básico para el desarrollo editor.

Así, puede verse como la educación y las campañas de alfabetización, el proceso de profesionalización de la actividad impresora y el desarrollo del oficio impresor fueron las piezas fundamentales de un engranaje sobre el que se articuló el proceso de modernización y desarrollo del país en estos años.

BIBLIOGRAFÍA

De Sagastizábal, Leandro, *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2002.

Foto: Impresora Linotipo, 1901 © Sebastián Miquel - Gentileza Latingráfica

Para llevar a cabo el proceso de modernización era prioritario generar las condiciones para el desarrollo de la impresión y de la difusión de las publicaciones.

1880

LAS CAMPAÑAS DE ALFABETIZACIÓN DE FINES DE SIGLO XIX

Como parte de una estrategia de modernización del país, entre los años 1880 y 1910 las campañas de alfabetización tuvieron un lugar central en la formación de un nuevo tipo de lector. Junto con el rol central que se le dio a la educación, estas campañas tuvieron por efecto ampliar el modelo tradicional donde la cultura letrada cumplía un papel predominante, en pos de incorporar nuevos sectores sociales.

A fines de Siglo XIX, Argentina atravesaba un intenso proceso de transformación. Por un lado, el fuerte auge inmigratorio modificaba las bases de la sociedad; por otro, un importante proceso de modernización atravesaba todos los órdenes de la vida nacional. La sanción de la Constitución en 1853, la transformación del modelo económico del país y el impulso a la educación como base para el futuro de la Nación eran ejemplos de ello.

Como parte de ese proyecto, y para responder al intenso proceso inmigratorio, en 1876 fue promulgada, bajo el gobierno de Avellaneda, la primera Ley de Inmigración. Según el Censo Nacional de 1895, la población alcanzaba entonces los 4.000.000 habitantes, de los cuales el 34% eran extranjeros. Ya en el de 1914, la población casi se había duplicado, con 7.885.000 habitantes, y 43% de extranjeros.

En este marco cobraron especial relevancia el impulso dado a la educación pública (a través, por ejemplo, de la constitución de Colegios Nacionales) y las campañas de alfabetización, elementos centrales en la conformación de la argentina moderna. Estas políticas buscaban la integración e igualación de los diferentes sectores sociales y terminaron generando una importante ampliación del público lector.

Ahora bien, a través de las campañas de alfabetización, tal como señala el crítico Adolfo Prieto, la lectura también adquirió un valor normativo, aceptada tanto por parte de quienes querían asimilarse al proyecto liberal que la proponía, como por parte de quienes lo contestaban y querían invertirlo de signo ideológico.

Fue sustancial en esta etapa el desarrollo de la prensa periódica, que acompañó el proceso y proveyó un espacio de lectura potencialmente compartible, nivelando los códigos de los distintos segmentos de articulación social. Así, en 1882, sobre una población estimada de 3.026.000 habitantes, circulaban 224 periódicos.

Pero la ampliación de la lectura se dio también a través de revistas, folletines y libros en los que se jugaba una disputa nacional de fricciones y contactos entre la cultura "culta" y popular. En este sentido, es importante señalar la creciente importancia de la producción editorial: en el año 1882, la Ciudad de Buenos Aires disponía de 40 imprentas, y el numero de libros editados fue de 420.

Una de las primeras producciones creadas por las campañas de alfabetización fue *El gaucho Martín Fierro*, de José Hernández, un volumen de 76 páginas, impreso en papel de diario, que agotó su primera edición en dos meses. Otro, es el mítico personaje de Juan Moreira, su novela homónima, del escritor Eduardo Gutiérrez, ambos personajes centrales del criollismo popular, capaces de unir a los diferentes fragmentos de la sociedad, centrales para la construcción social de la Argentina moderna.

BIBLIOGRAFÍA

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

Cobraron especial relevancia el impulso dado a la educación pública y las campañas de alfabetización, centrales en la conformación de la Argentina moderna.

1890

Foto: Biblioteca Popular Alberdi, Laboulaye, Córdoba, Argentina, 1943 © Archivo Conabip

LA BIBLIOTECA DEL DIARIO LA NACIÓN Y EL TEMA DE LAS TRADUCCIONES

Una estrategia para ir ampliando el público lector en Argentina fue la diseñada por algunos diarios a principios del siglo XX, como por ejemplo el caso de La Nación. A precios muy accesibles, comercializados por kioscos y aprovechando la publicidad de esos medios se publicaban libros que se vendieron de manera masiva.

A comienzos de Siglo XX surge en Buenos Aires un fenómeno cultural inédito: la colección "Biblioteca de La Nación", creada por el entonces director del diario *La Nación*, Emilio Mitre y que, a lo largo de sus casi veinte años de existencia (1901–1920), editaría 875 títulos a precios accesibles. Se trata de una propuesta de "lectura al alcance de todos", como reza su lema, que responde a nuevo lectorado, urbano y de clase media.

El proyecto surge en respuesta a la introducción de los linotipos en la producción del diario en 1901, que reemplazó el trabajo de aproximadamente cuatrocientos tipógrafos. Con el objetivo de preservar estos puestos de trabajo, la empresa dio inicio a la colección.

Sin embargo, otra serie de factores, más estructurales, explican la otra cara de este nuevo proyecto. El intenso proceso de modernización que atravesaba el país en general, y Buenos Aires en particular, se traducían en un fuerte aumento demográfico, con un incremento de la población urbana y un mayor acceso a la educación, mayor consumo de periódicos y desarrollo de formas de agrupación barrial (por ejemplo, asociaciones obreras y Bibliotecas Populares), junto a la constitución de la nueva clase media que provenía de los grupos criollos e inmigratorios marginales pero con aspiraciones de integración social, como señala Margarita Merbilháa.

Así, si se compara el censo de 1895 con el de 1914, se verá un incremento del 250% en la población alfabetizada, pasando de 850.120 hombres y 629.584 mujeres en 1895 a 2.230.046 y 1.683.902 respectivamente en 1914. El consecuente incremento del público lector, favorecido por estos cambios, junto con la expansión del mercado de los medios de comunicación serían clave en la decisión de desarrollar la colección. Central será también la confluencia entre el libro y el periódico, donde este último parece abandonar una lógica exclusivamente informativa y crítica para atraer al público también con propuestas ficcionales.

Acaso la mayor innovación introducida por la magnitud y continuidad de la "Biblioteca de La Nación" fue, como señala Leandro de Sagastizábal, la intervención del diario como editor, en el sentido moderno del término. Es decir que no se limitó a facilitar materiales traducidos sino que homogeneizó una propuesta heterogénea y creó un estilo de presentación modelador de gustos estéticos y hábitos de consumo. Esto, por fuera de las políticas del Estado, que intervenía financiando publicaciones que apuntaban a un lectorado o bien escolar, o bien culto y restringido.

En este sentido, la colección, que tenía un 80% de títulos traducidos, también marcó un hecho central en la historia de la traducción en Argentina y, por tanto, en la democratización del acceso a la cultura (hasta ese entonces sólo la elite podía leer en los idiomas originales).

El amplio catálogo comprendía un gran caudal de obras de la literatura francesa (Julio Verne, Alexandre Dumas, Honoré de Balzac, Guy de Maupassant, Gustauve Flaubert, Edmond de Goncourt), además de Charles Dickens, William Thackeray, William Shakespare, Johann W. von Goethe, Henrik Ibsen, Fédor Dostoviesvky, por citar sólo algunos, y algunas obras de autores locales como Domingo F. Sarmiento, el propio Mitre, Miguel Cané y Lucio V. Mansilla.

Tal como lo señala Merbilháa, es indudable el carácter pionero de la publicación, que queda comprobado en la enorme demanda que la colección vio entre su público y en la difusión que el proyecto encontró en la prensa. Ello confirma a su vez la ausencia hasta ese entonces de producciones simbólicas de buena calidad, accesibles y a la vez capaces de atraer a lectores con menor formación cultural en el mercado editorial.

BIBLIOGRAFÍA

De Sagastizábal, Leandro, "Periódicos y libros: una relación fructífera", *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de Cultura*, Eudeba, Buenos Aires, 1995.
Merbilháa, Margarita, "La época de organización del espacio editorial", en: De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
Patricia Willson, "La biblioteca de La Nación", *Revista Ñ*, Suplemento Diario *Clarín*, Buenos Aires, 24-9-12.

El incremento del público lector junto con la expansión del mercado de los medios de comunicación serían clave en el desarrollo de la colección.

1901

Foto: Colección Biblioteca La Nación, Biblioteca Mitre, Buenos Aires, Argentina
© Sebastián Miquel - Gentileza Museo Mitre

EL DESARROLLO DE LAS BIBLIOTECAS EN EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS

Entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el de la Segunda, la ciudad de Buenos Aires, capital y centro del desarrollo del país, experimentó una serie de cambios físicos, sociales y culturales que configuran una etapa definida de su evolución social. Esta etapa enlaza dos momentos de su historia: el del espectacular crecimiento de fines del siglo XIX y el de la transformada ciudad de masas del peronismo.

Hacia 1940 los espacios vacíos ya eran escasos y el crecimiento poblacional se intensificaba en la periferia más inmediata. Luego del fin de la Primera Guerra se había reanudado el flujo de inmigrantes europeos aunque más adelante, con el freno de la inmigración en 1930, comenzó a tener peso la migración interna de las zonas rurales más próximas. En los años veinte comenzaron a notarse los efectos del crecimiento industrial, mucho más visible luego de 1935: talleres y fábricas se desplegaron por la periferia de la ciudad, a ambos lados de lo que pronto sería la Avenida General Paz.

Quizás el rasgo más característico de la ciudad de entreguerras sea la constitución de numerosos barrios nuevos, cuya aparición está vinculada con una forma peculiar de crecimiento urbano y de ocupación de los espacios. Las sociedades que allí se empiezan a formar son el marco principal de la conformación de una nueva cultura popular.

En la constitución de estas sociedades barriales tuvo enorme importancia un conjunto de agrupaciones de distinto tipo: sociedades de fomento, clubes, asociaciones mutuales, comités de partidos políticos y bibliotecas populares, que respondían a las múltiples necesidades de los nuevos barrios. Tomadas en conjunto, constituyeron una densa red en torno a la cual se organizó la sociedad local.

La proliferación de Bibliotecas Populares fue especialmente significativa en este proceso de transformación. Si bien existían desde fines del siglo pasado, su gran crecimiento se produjo entre 1920 y 1945. Así, mientras entre 1924 y 1930 su número era de alrededor de 46, entre 1930 y 1936 se elevó a 90, y entre 1937 y 1945 a algo menos de 200. Se encontraban prácticamente en todos los barrios de la ciudad. En muchos casos surgieron por iniciativa de los vecinos; a veces mantuvieron existencia institucional autónoma y otras terminaron incluyéndose en algún club o escuela. Entre estas instituciones quizá la más activa haya sido la del Partido Socialista, que para 1932 poseía 56 bibliotecas, vinculadas a sus centros. Además de reunir y prestar libros, las bibliotecas organizaban conferencias, dictaban cursos de cultura general o capacitación profesional, organizaban actividades artísticas, grupos de teatro, de lectura, coros, etc.

Esta proliferación está vinculada a la amplia alfabetización de la sociedad porteña, producto de la intensa acción estatal. Las bibliotecas populares conformaron uno de los ámbitos específicos en los cuales se reconstituyó la cultura de los sectores populares y tuvieron un papel especial al articular ciertos aspectos de la cultura erudita con experiencias sociales vividas por los habitantes de los barrios.

Descentrada del trabajo, la vida de los sectores populares pasó a organizarse en torno a otros núcleos: el tiempo libre, la familia, el hogar. La mujer trabajadora pudo dejar el taller o la fábrica para convertirse en partícipe activa de la vida barrial. Simultáneamente, otro movimiento más general empujaba a las hijas de los sectores más acomodados hacia nuevos empleos y una vida más libre y menos convencional. Junto con los estudiantes, las mujeres fueron la base de las actividades de las bibliotecas.

BIBLIOGRAFÍA

Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares cultura y política*, Buenos Aires en la entreguerra, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

Las bibliotecas populares conformaron uno de los ámbitos específicos en los cuales se reconstituyó la cultura de los sectores populares.

1930

Foto: Biblioteca Popular Juan Martín de Pueyrredón, San Isidro, Argentina, c.1920 © Archivo Conabip
Arriba derecha: Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, Bahía Blanca, Argentina, c.1920 © Archivo Conabip
Abajo derecha: Puente Nicolás Avellaneda, La Boca, Buenos Aires, Argentina © Javier González Toledo

LA GUERRA CIVIL EN ESPAÑA Y EL AUGE EDITORIAL EN ARGENTINA

Entre fines de la década de 1930 y mediados de 1950 la industria editorial argentina vivió una "época de oro". La ampliación del publico lector, un fenómeno que venía teniendo lugar desde fines del Siglo XIX, con las campañas de alfabetización, sentaría las bases para una importante expansión de la industria editorial y su profesionalización, alimentadas, en buena parte, por editores exiliados de la Guerra Civil española (1936-1939). Muchas de las editoriales fundadas en aquellos años persisten hasta nuestros días y han tenido un lugar central en el desarrollo, no sólo de la lectura en el país, sino también de la difusión de la literatura local.

La Guerra Civil genera un verdadero éxodo de editores y casas editoriales que irán asentándose fundamentalmente en Argentina y México, lugares con los que España mantiene un intenso vínculo y donde los editores tienen conocidos o contactos laborales, dada la actividad editorial existente ya en esos países. Este exilio fue, entonces, uno de los motores que ayudó a sentar las bases de una verdadera industria editorial local en Argentina.

De modo general, pueden mencionarse tres importantes editoriales provenientes de España fundadas en esa época en el país, y que incluso persisten hasta nuestros días: Losada (1938), Sudamericana (1938) y Emecé (1939).

El caso de Sudamericana cuenta con un grupo fundador heterogéneo, donde se encuentra por ejemplo el español Julian Urgoiti, que había desembarcado en el país de la mano de Espasa-Calpe, o Rafael Vehils, pero también influyentes personalidades locales como Oliverio Girondo y Victoria Ocampo, entre otros.

Sin embargo, si bien en esos años se fundan editoriales centrales en el desarrollo de nuestra industria editorial, lo cierto es que ello no sucede sobre una *tabula rasa*. Por un lado, la ampliación del público lector que había comenzado en las ultimas décadas del Siglo XIX y las primeras del XX ya estaba más consolidada. Además, poco a poco iba emergiendo una incipiente clase media, culta y lectora que fortalecería ese proceso. Pero por otro lado, es cierto también que la labor editorial había sido iniciada tiempo antes por españoles como Juan Torrendell, con la editorial Tor (1916) y Antonio Zamorac, con Claridad (1922). También es importante señalar la importancia que el desarrollo impresor venía teniendo en el país ya desde el Siglo XIX.

Hacía años que las casas españolas tenían actividad comercial en el país, con lo cual el asentamiento de editores durante el período de la Guerra Civil respondió a las buenas condiciones de mercado existentes en el país, tanto en términos de lectores como de industria editorial. Sin dudas el éxodo de los años 1930 contribuiría a la ampliación la industria local.

Las nuevas editoriales potenciaron, mediante la ampliación de los catálogos y criterios mas modernos de comercialización, un proceso de captación de mercados que se había iniciado mucho antes. Sería central la presencia de las traducciones en los catálogos de estas editoriales en esos primeros años, la denominada "época de oro", caracterizada por un auge de exportación y de títulos internacionales.

Con los años, el mercado interno iría ganando peso y reemplazando al externo. Así, unas décadas más tarde, ya en 1960 y 1970, de la mano del *boom* latinoamericano, comenzarían a ganar lugar en esos catálogos obras de autores argentinos, hasta entonces prácticamente ausentes. Se trata, en síntesis de la expansión de la literatura argentina y con ello, de su presencia en la industria editorial.

Los años 1930 serán, en definitiva, el preámbulo de esa nueva etapa de desarrollo de la cultura argentina, su público lector y su propia tradición literaria.

BIBLIOGRAFÍA

De Diego, José Luis, "La 'época de oro' de la industria editorial", en De Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.

El asentamiento de editores durante la Guerra Civil española respondió a las buenas condiciones de mercado en Argentina, tanto en términos de lectores como de industria editorial.

1936

Foto centro: André Malraux, Victoria Ocampo y Antoni López Llausàs, década de 1940, Gentileza Gloria Rodrigué.
Foto derecha: Primer Catálogo de la editorial Sudamericana, década de 1940, Gentileza Gloria Rodrigué.

PRIMERA EXPOSICIÓN NACIONAL DEL LIBRO Y PRIMERA FERIA DEL LIBRO ARGENTINO

Una expresión de la madurez de los actores involucrados en la producción y difusión de los libros en Argentina fue la realización de ferias de libros. Nacidas en 1928 y profesionalizadas a partir de 1943 -una de ellas desde 1975-, la Feria del Libro de Buenos Aires no tendrá interrupción hasta el presente y aún hoy es visitada por más de un millón de personas cada año.

La Primera Exposición Nacional del Libro se realizó del 21 al 30 de septiembre de 1928 en el Teatro Cervantes de Buenos Aires. La muestra, organizada por un grupo de escritores argentinos, patrocinada y solventada por el gobierno de Marcelo T. de Alvear, se propuso difundir la obra de los autores locales. Su principal resultado en el campo intelectual fue la posterior formación de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE).

Los organizadores convocaron a los principales editores y libreros de la época a participar exhibiendo sus libros en stands. Entre ellos, se destacaron las muestras de las casas La Facultad, Peuser, Rosso, Babel, Coni, Manuel Gleizer, Proa, Espasa Calpe y Minerva. Además, hubo espacios destinados a exposiciones de libros por parte de organismos oficiales y otras entidades públicas, una sección de libros didácticos y otra de encuadernaciones de lujo. El evento también incluyó un ciclo de conferencias, entre las que se distinguió la del escritor Leopoldo Lugones.

Es de destacar que el objetivo de los organizadores fue la exposición y difusión de libros de autores argentinos, de modo que no se trató de una feria en la que se vendieran ejemplares. Los diarios de la época señalaron el interés que el evento despertó en la ciudad, con aproximadamente setenta mil visitantes. Guillermo Gasió, quien estudió este tema en profundidad, ha subrayado que la muestra, que tuvo como eje promover la lectura, constituyó un momento fundante de creación de vínculos entre autores y lectores.

Quince años después, entre el 1°de abril y el 4 de mayo de 1943, sobre la Avenida 9 de Julio en la ciudad de Buenos Aires se celebraba la Primera Feria del Libro Argentino.

La Feria tuvo un despliegue monumental de instalaciones, que incluyó un "teatro griego" construido para la ocasión, y contó con una concurrencia de más de dos millones de visitantes. La mayoría de las casas editoras presentaron stands, en donde vendían sus libros, a los que se sumaron otros, de organismos oficiales, como el de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, el Banco Nación Argentina y la Dirección de Correos y Telégrafos. En los actos de apertura y de cierre estuvieron presentes las máximas autoridades de gobierno, entre ellos el entonces Presidente de la Nación, Ramón Castillo. La Feria tuvo un fuerte tono cultural, dado por espectáculos artísticos y conferencias diarias, en las que disertaron intelectuales notables de la época, y los autores firmaron sus obras al público.

La Feria fue proyectada y llevada adelante por un grupo de editores que conformaba el Consejo Directivo de la Cámara Argentina del Libro. La comisión organizadora estuvo presidida por Guillermo Kraft, secundado por Gonzalo Losada, Cosme Beccar Varela (de Cursos de Cultura Católica), Jorge D'Urbano Viau (de Viau), Julián Urgoiti (de Sudamericana), Félix Real Torralba (de Atlántida) y Antonio Gallego (de Editoriales Reunidas). Así, la Feria fue ideada por un conjunto de editores destacados hoy entre los protagonistas de la historia editorial argentina.

Durante las jornadas, se publicó un Boletín, que se imprimía diariamente en la propia Feria y se distribuía gratuitamente a los concurrentes, donde se iba describiendo lo acontecido. Además, su impresión se realizaba a la vista del público y se permitía observar el paso a paso de la producción.

BIBLIOGRAFÍA

Gasió, Guillermo, *El más caro de los lujos. Primera Exposición Nacional del Libro*, Buenos Aires, Coedición Biblioteca Nacional - Teseo, 2008.
Giuliani, Alejandra, "La CAL y la Historia de la Edición: Acerca de la organización de la Primera Feria del Libro Argentino", en: *Actas del Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

La Primera Exposición, que tuvo como eje promover la lectura, constituyó un momento fundante de creación de vínculos entre autores y lectores.

1943

Foto: Primera Feria del Libro Argentino, 1943. Gentileza Biblioteca Nacional de la República Argentina

LA LECTURA EN CLAVE POLÍTICA
LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA

Entre 1955 y 1975 se fueron alternando en Argentina gobiernos civiles y militares, en una etapa caracterizada por niveles de violencia, persecución y censura cada vez mayores, que desembocaron en la dictadura instaurada en 1976.

Esos años estuvieron marcados por un complejo entramado donde convivieron un inédito fervor cultural e importantes movimientos de resistencia ante la censura, combinados con un aparato de represión, todo lo cual tuvo un gran impacto en la identidad cultural del país y sus proyectos futuros.

Los casi veinte años que van de fines de 1950 a mediados de 1970 pueden entenderse como una época marcada por características definidas, donde la política atraviesa todas las esferas de la vida en prácticamente todos los países de América Latina.

En el caso argentino, esta etapa se caracteriza por una importante expansión de los lectores y ello obedece a políticas educativas estatales que produjeron la generalización de los estudios secundarios y un acceso más amplio a la universidad. Con el aumento del nivel educativo de la población y la importante expansión de la clase media tiene lugar un fenómeno cultural sin igual.

Así, esta clase media culta disfruta de la literatura, el teatro independiente y el cine de autor, reflejados en la centralidad que por aquellos años adquiriría el Instituto Di Tella y sus acciones de democratización de la cultura, hasta entonces reservada a las élites. Con la creación de editoriales "para todos", como Eudeba, en 1958, o el Centro Editor, poco después, y proyectos editoriales como los de Jorge Alvarez y Peña Lillo, entre otras iniciativas, se amplió y democratizó el público lector. Durante esos años emergieron escritores emblemáticos de la época como Rodolfo Walsh, Marta Lynch, Beatriz Guido, y tuvieron su auge las historietas, como Mafalda, de Quino.

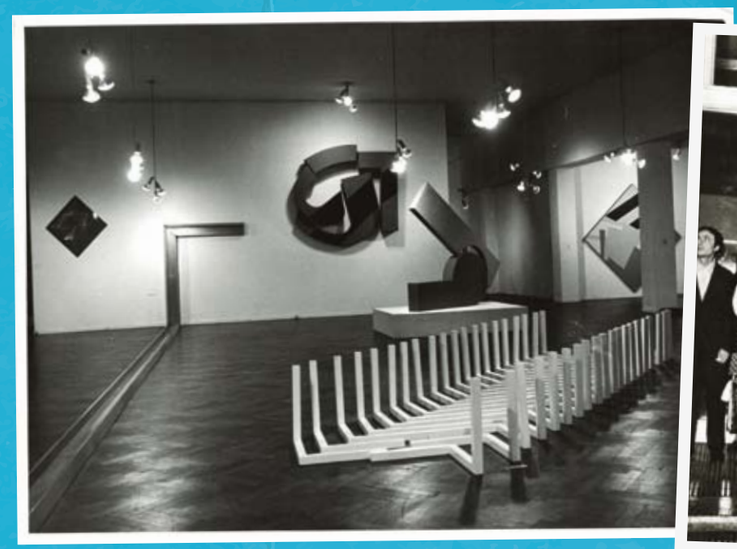
Sin embargo, en paralelo a este movimiento de expansión cultural y ampliación del lectorado existió en aquellos años, y se fue profundizando cada vez más, primero con la dictadura de Onganía, en 1966, y sobre todo a partir de la dictadura de Videla, en 1976, un tipo de censura que recortaba textos, prohibía la difusión de ciertos libros, perseguía a escritores, editores, libreros, periodistas, artistas, educadores, poetas e intelectuales en general. Fueran textos políticos, filosóficos o sociológicos, novelas de ficción o libros infantiles, cualquier tipo de obra podía ser objeto de censura, siempre que fuera sospechosa o pudiera ser calificadas como "subversiva" por el gobierno militar.

"Los sesenta fueron utopía, entusiasmo, experimentación, internacionalismo, pero también compromiso, politización, violencia", describe la actriz e investigadora argentina Ana María Giunta.

Si bien tanto la relación entre política y literatura (empezando por un texto fundacional, el *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento) como la censura de libros han sido una constante a lo largo de la historia argentina, lo cierto es que las consecuencias de la acción represiva de la última dictadura militar dejaron una profunda huella en la sociedad y la cultura argentinas, en su memoria y en su producción cultural de los años que vendrían.

BIBLIOGRAFÍA

De Diego, José Luis, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Fondo de Cultura Económica, 2006.
Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2012.



"Los sesenta fueron utopía, entusiasmo, experimentación, internacionalismo, pero también compromiso, politización, violencia"

Ana M Giunta

1960

Fotos arriba: Ciclo *Experiencias*, 1969; Exposición *Kosice, un precursor*, 1968; Exposición *Mas allá de la geometría*, 1967 © Archivos Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella
Abajo: Quema de libros de la Colección del CEAL, 1980, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Archivos y Colecciones Particulares, Colección CEAL (Centro Editor de América Latina)(BNA_ARCH_CEAL).

LOS PROYECTOS EDITORIALES DE "LIBROS PARA TODOS" Y EL TRABAJO DE BORIS SPIVACOW

En un contexto de auge de profesionalización de la industria editorial argentina, dos grandes proyectos surgieron en la década de 1960, ampliando la base del lectorado argentino y valorizando las obras y el trabajo nacional: la editorial Eudeba y la del Centro Editor de América Latina. Ambos de la mano de Boris Spivacow, figura central, de incansable ímpetu, que veía en el libro un instrumento fundamental de transformación social.

A partir de la década de 1940, gracias al surgimiento de la figura del editor, la actividad editorial en Argentina comenzó a profesionalizarse. Pocos años después, en 1950, había alrededor de 80 editoriales y a lo largo de los años siguientes se crearían muchas más.

Fue en ese marco de auge y profesionalización de la actividad cuando, en 1958, el Consejo Superior de la Unidad de Buenos Aires decidió crear una Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), diseñada por Arnaldo Orfila Reynal y a cargo de Boris Spivacow, dos figuras centrales del mundo editorial.

Bajo el lema "Libros para todos", Eudeba difundía conocimiento científico y general a través de ediciones que llegaban al público "al precio de un kilo de pan". Con una fuerte impronta de estímulo a la producción de obras nacionales, autores y traductores locales, impresión en el país, el sello tuvo un carácter único.

Durante esos años fueron publicadas 815 novedades y 289 reimpresiones, con un total de 11.663.532 ejemplares impresos. Se trató de una verdadera revolución en el circuito del libro nacional. La clave: el precio de los libros, la venta y la distribución, ya que la editorial montaría, por ejemplo, sus propios puntos de venta.

Con el golpe de Estado de Juan Carlos Onganía, en junio 1966, se intervino la Universidad de Buenos Aires y, en agosto de ese mismo año, Spivacow, el directorio y gran parte de los empleados de Eudeba anunciarían que dejaban sus puestos.

Pero eso no significó el deceso de ese proyecto de ampliación del público lector y democratización del acceso a la lectura. En las oficinas de Eudeba intervenidas por los militares nació otro gran proyecto cultural: el Centro Editor de América Latina (CEAL), que, esta vez bajo el lema "Más libros para más", publicaría entre 1966 y 1995 casi 5.000 títulos, agrupados en 77 colecciones.

También bajo la dirección de Spivacow, el CEAL continuó la línea que había sido desarrollada por Eudeba: amplitud temática y de públicos, difusión y distribución de los materiales en todo el país, calidad de los contenidos y el tono de divulgación de sus textos. A pesar de su bajo presupuesto, y gracias al compromiso de todos los que formaron parte de él, este proyecto se constituyó en un pilar de resistencia cultural durante esos años.

Boris falleció en el año 1994, y en el 2008 la Legislatura porteña entregaría a sus hijos una placa en reconocimiento por "la tarea realizada por el primer editor de Eudeba en pro de la cultura y la promoción y socialización de la lectura".

BIBLIOGRAFÍA

Gociol, Judith, *Boris Spivacow, el señor editor de América Latina*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010.

"Libros para todos" fue una verdadera revolución en el circuito del libro nacional La clave: el precio de los libros, la venta y la distribución.

1976

Foto: Stand de Eudeba en Plaza Once, Buenos Aires, década de 1970. Gentileza Editorial Eudeba
Abajo izquierda: Boris Spivacow © Biblioteca Nacional de la República Argentina, Archivos y Colecciones Particulares, Colección CEAL (Centro Editor de América Latina)(BNA_ARCH_CEAL).
Abajo derecha: Stand de Eudeba en la Feria del Libro, década de 1970. Gentileza Editorial Eudeba

EL SIGLO XXI

En el año 2000, Argentina fue sede del Congreso de la Unión Internacional de Editores, el más importante evento a nivel mundial del sector editorial. Allí, una de las líneas de trabajo era, puntualmente: "estrategias para la construcción de lectores". Es decir que al inicio del siglo XXI una serie de cambios tecnológicos, económicos y sociales volvían a colocar la preocupación por la generación de una sociedad lectora.

En ese mismo encuentro, aunque de manera más apocalíptica de lo que sería luego la realidad, se presentó un artefacto digital con el vaticinio de que comenzaba el tiempo de descuento en la vida de los libros en papel.

Si bien eso no ocurrió con el ritmo que se anunciaba, es indudable que la aparición de las nuevas tecnologías ha ido produciendo cambios significativos en la manera de leer, comenzando por el propio vínculo con el libro como objeto. Esto se explica por la profundización de una cultura que se caracteriza por el acceso a los contenidos antes que por la posesión de los libros. El creciente protagonismo de los soportes electrónicos modificó de manera sustancial las prácticas de la lectura en todos los contextos, sean públicos o privados, personales, profesionales o educativos.

La lectura digital pasó a ser una competencia decisiva del siglo XXI y estableció una nueva categoría del analfabetismo que ahora refiere a quienes no saben cómo manejarse con las nuevas tecnologías.

Pero no fueron solamente esos cambios lo que modificaron la lectura en un país como Argentina. También cuestiones como la concentración en el campo de las empresas editoriales y en los canales comerciales de librerías fueron estableciendo otras lógicas culturales de gran relevancia como la cantidad de títulos que se publican por año o la prioridad en la exhibición de libros cuya rotación es más rápida, además de haber instalado una cultura donde la novedad es más importante que lo permanente y la frugalidad caracteriza incluso los vínculos personales. La era de lo que Zygmunt Bauman denomina la modernidad líquida. Es decir que se ha ido constituyendo una nueva subjetividad que se relaciona de un modo diferente con la palabra escrita y su lectura.

Asimismo, en las dos últimas décadas se produjo en Argentina un intenso proceso de privatización de todo tipo, algo que en el caso de la promoción de la lectura se manifestó en asociaciones privadas ocupadas por su desarrollo o iniciativas generadas desde los medios de comunicación masivos, empresas, ONG y donde también aparecieron fundaciones preocupadas por su desarrollo.

Resulta casi imposible hablar de este nuevo siglo sin mencionar otros dos procesos que vienen desarrollándose en los últimos años, dinamizando y modificando el campo de la lectura: se trata de los ***booktubers*** y los ***youtubers***. Tal como lo señala Cristina Alemany, coordinadora de actividades juveniles en la Feria del Libro: "Estos jóvenes marcaron un cambio. Leen distinto, se comunican de otra manera. Son lectores que aman los libros en papel y que en Internet buscan, comparten y deciden sus lecturas. Son cada vez más protagonistas en ferias abiertas al público, como las de Guadalajara, Bogotá y Buenos Aires. Copan ferias profesionales como la BEA (Nueva York/Chicago) y Frankfurt, con días destinados especialmente a ellos. Estamos ante un fenómeno que merece toda nuestra atención".

BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.
Ferreiro, Emilia, "Leer y escribir en un mundo cambiante - OEI", 1° Conferencia expuesta en las Sesiones Plenarias del 26 Congreso de la Unión Internacional de Editores, México. Disponible en: http://www.oei.es/fomentolectura/leer_escribir_mundo_cambiante_ferreiro.pdf
Libedinsky, Juana, "Internet cambió nuestra forma de leer", *La Nación*, Buenos Aires, 24 de julio de 2000.
Fabiana Scherer, "Cristina Alemany: 'Los chicos leen en comunidad, entre pares'", La Nación, Buenos Aires, 18 de julio de 2016,
www.lanacion.com.ar/1919450-cristina-alemany-los-chicos-leen-en-comunidad-entre-pares

Foto: Rodrigo Cabezas - Archivo Conabip

El creciente protagonismo de los soportes electrónicos modificó de manera sustancial las prácticas de la lectura en todos los contextos

2000

HISTORIA DE LA LECTURA EN ARGENTINA

CONABIP
Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares

Presidente
Leandro de Sagastizábal

Edición y redacción de textos
María Olives y Luciana Rabinovich

Fotografías/Imágenes
Sebastián Miquel, Javier Gonzalez Toledo y Rodrigo Cabezas

Investigación/Archivo Histórico
Martín del Valle

Diseño
Marcela Garavano y Antonela Rossi

Se agradece la colaboración de otros organismos facilitadores en la recopilación de imágenes, como la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, la Editorial Eudeba, la señora Gloria Rodrigué, Latingráfica, el Museo Mitre y la Universidad Torcuato Di Tella.

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación